

UN MUERTO MOVIDO POR UN LOCO

El conato insurreccional de Irlanda ha producido algún alborozo entre alemanes y agermanados. Se le ha querido presentar nada menos que como el signo que anuncia el desmoronamiento del imperio británico. Se comprende que un cerebro alemán, tan inmensamente distante siempre de todas las fronteras de la rebeldía, halle una interpretación apocalíptica á un episodio que en realidad es sólo un ejemplo de galvanismo histórico. Esos sucesos de Dublín y ese desembarco de sir Roger Casement en Irlanda, su tierra, transformado de pronto de antiguo cónsul en héroe de película cinematográfica, son en el fondo los movimientos de un cadáver, el fenianismo, bajo la acción galvánica de un fluido germánico, utilizando como instrumento á un loco.

El fenianismo fué en sus buenos tiempos un movimiento revolucionario nacido de la lamentable y angustiosa situación de Irlanda. La decadencia de este pueblo á mediados del siglo XIX es un hecho

dilacerante. La población, que en 1845 era de ocho millones, desciende á poco más de cinco millones veinte años después. La gente emigra en masa á los Estados Unidos. De una parte la empujan la miseria y la arbitrariedad de los terratenientes ingleses; de otra, el protestantismo, que es la religión del Estado en un país tan profundamente católico. Un tercer motivo de descontento era la cuestión de la enseñanza: los irlandeses deseaban de antiguo una Universidad oficial católica, sin que Inglaterra hubiera prestado la menor atención á ese anhelo.

Estas tres causas, el sistema agrario, la cuestión religiosa y la enseñanza—las tres ramas del venenoso árbol antiaro, según la frase de Gladstone—, contribuyeron al resurgimiento y vigor del fenianismo. La Hermandad Feniana fué originariamente una legendaria banda de guerreros irlandeses capitaneada por Find Mac Cumail. Pero en su forma moderna la fundó en 1858 John O'Mahony, un hombre de letras. Su fin era hacer de Irlanda una República independiente. En los fenianos debió influir sin duda el espíritu republicano de la época, tanto más cuanto que la Sociedad tenía su centro en los Estados Unidos. La fe en una República irlandesa era tan grande, que uno de los jefes del movimiento, James Stephens, llegó á emitir á cuenta de ella bonos que los crédulos irlandeses de ultramar adquirirían generosamente. Con el importe de esos bonos vivían los revolucionarios y compraban armas para sacudir el yugo inglés.

Los actos subversivos de la Sociedad Feniana no inquietaron gran cosa á los ingleses. En 1866, una partida de irlandeses residentes en los Estados Unidos invadió el Canadá; pero huyó y se dispersó heroicamente al encontrarse con un regimiento de voluntarios canadienses. En varias partes del Reino Unido hubo algunos disturbios fenianos, reprimidos fácilmente por la Policía unas veces y por el anuncio de que el Gobierno enviaría tropas, otras. Los sucesos más serios fueron los de Manchester, en 1867, donde un grupo de fenianos asaltó el coche donde iban conducidos á la cárcel varios compañeros suyos; mataron al conductor, y por esa causa fueron colgados tres de los salteadores, Allen, Larkin y O'Brien. El mismo año otro grupo intentó volar la cárcel de Clerkenwell para libertar á unos fenianos prisioneros en ella.

Estos hechos tuvieron una virtud: no instaurar la República irlandesa, como querían los fenianos, sino llamar la atención de los gobernantes ingleses sobre las necesidades de Irlanda. No fué un movimiento baldío. Gracias principalmente á él, se hizo en Irlanda la separación de la Iglesia y el Estado y se reformó el sistema agrario. Poco á poco el fenianismo, por consecuencia de estas reformas, perdió su razón de ser y se transformó en un movimiento constitucional que aspiraba al Home Rule, á un Gobierno autonómico. Como se sabe, en Septiembre de 1914 le fué concedida la autonomía á Irlanda, y de ese

modo quedó solucionado un pleito secular. Algunos partidarios intransigentes del centralismo organizaron en Ulster un Cuerpo armado de voluntarios para oponerse por la fuerza á la aplicación de la ley. Frente á ellos se organizó otro Cuerpo de voluntarios nacionalistas para defenderla. Es probable que entre estos nacionalistas armados hubiera, á modo de anacrónico residuo histórico, algunos fenianos, en parte descontentos por las limitaciones de la ley y en parte irritados de nuevo por la invencible hostilidad de algunos ingleses contra Irlanda.

De todos modos, el fenianismo es un muerto que sólo puede moverse por galvanización. Sólo la tenacidad y la esplendidez de los agentes alemanes, que no han escatimado esfuerzos ni medios, antes y durante la guerra, para movilizar espiritualmente contra su país á los irlandeses de los Estados Unidos, podían haber logrado ese espasmo insurreccional en Dublín. El incauto instrumento ha sido sir Roger Casement, sorprendente ejemplar de atavismo político. Este rezagado espíritu feniano, á quien Inglaterra le había conferido un título nobiliario en pago á sus conspicuos servicios consulares—su nombre va gloriosamente asociado al movimiento de protesta universal contra las crueldades del Congo y de Putumayo—desapareció de su país á poco de comenzada la guerra y surgió á la luz pública en Alemania como violento enemigo de Inglaterra. Sus amigos quisieron explicar la traición como un caso de locura; pero más

tarde publicó una revista inglesa, el «New Statesman», una serie de artículos escritos por Casement antes de la guerra unos y durante ella otros, que circularon sólo privadamente, y donde se ve que son antiguos su odio á Inglaterra y su esperanza de que Alemania librase á Irlanda. Lo cual, si no prueba que la guerra le volvió loco, induce por lo menos á sospechar que ya lo estaba de antiguo.

Tal es, pues, la significación política de la última insurrección de Irlanda: un cajáver histórico que hace unos gestos, movido galvánicamente por el fluido áureo de los alemanes, con el concurso de un loco que acaso soñó con ser presidente de una República irlandesa.

1.º de Mayo de 1916.

EL SINDICALISMO EN IRLANDA

Sofocada la insurrección de Irlanda, ya es posible verla en toda su significación é integridad. El espíritu feniano es un muerto, en el sentido de que sus ideales de independencia y constitución de una República irlandesa no están sostenidos más que por una microscópica parte, por así decirlo, de la población de Irlanda. El fenianismo ha perdido, con las transformaciones políticas de estos últimos treinta ó cuarenta años, el carácter de toda viva fuerza revolucionaria; no es ya, como lo fué en otros tiempos, una idea capaz de conmover, inspirar y aun levantar en armas á todo un pueblo. Está tan muerto, quizás más muerto que el carlismo en España, lo cual no quiere decir que en algunas regiones españolas esté radicalmente eliminada la posibilidad de una galvánica insurrección carlista, sobre todo, si mediase fluido teutónico. En el caso, puramente hipotético y felizmente del todo improbable, de que España tuviese el infortunio de verse arrastrada á la guerra, el

viejo carlismo y el Sr. Vázquez Mella, refugiado previamente en Alemania, serían el paralelo hispánico del fenianismo irlandés y de su máximo pontífice, sir Roger Casement. Con la ayuda de este paralelo imaginario, nada más que imaginario, no se asuste el Sr. Mella, podemos comprender los españoles la futilidad de la última insurrección irlandesa en cuanto obra del fenianismo.

Pero los fenianos, por lo que luego se ha visto, se aliaron á gentes más temibles: los sindicalistas. Los capitaneaba James Connolly, lugarteniente de Larkin, el famoso director de la huelga de transportes de Dublín en 1913. Derrotado Larkin por los patronos irlandeses, Connolly, que ha muerto, al parecer, en la última insurrección, se incorporó al movimiento feniano con el propósito de convertirlo en arma del sindicalismo. Al sindicalismo se le debe, pues, lo único vital de la insurrección de Irlanda. El sindicalismo es todavía una fuerza viva que nace de lo más íntimo de las relaciones económicas de nuestro tiempo; es, con un nuevo nombre, el eterno espíritu revolucionario que reside en el fondo de toda sociedad humana y que pasa del estado latente al actual en algunos momentos críticos de la Historia. El sindicalismo no es una construcción mental, sino un movimiento, puede decirse que biológico, contra un estado social. Por esto era un poco absurdo pedir que se definiese en conceptos y se aposentase en el recinto de una teoría. Si algún día lo hace; si los sin-

dicalistas se ponen á pensar y á organizarse en burocracias conservadoras, el sindicalismo dejará de ser lo que ha sido, y el espíritu revolucionario, que no podrá extinguirse por completo en ninguna sociedad humana, tomará entonces otro nombre.

En estos últimos cuatro ó cinco años el sindicalismo, el espíritu violento de protesta, había irrumpido en Inglaterra. La clase obrera había comenzado á impacientarse, no sólo contra la clase patronal, sino contra la táctica conciliadora y conservadora de las «Trade-unions» y contra la ideología burocrática de socialistas como los de la Sociedad Fabiana. Pero á la hora de la guerra, el sentimiento de nación y de historia se sobrepuso á todas las diferencias de clase. El movimiento sindicalista, que tomó amenazadora expresión en las huelgas de estos últimos años, quedó paralizado bajo los requerimientos de unidad nacional que impuso la guerra, si bien durante ella no han faltado manifestaciones parciales y sintomáticas de su existencia latente.

Pero los obreros irlandeses no tienen ni el sentimiento nacional ni la capacidad de intuición histórica que los demás obreros del Reino Unido. Probablemente, para muchos de ellos la guerra es un fenómeno lejano y extraño, por el cual no se sienten tocados sino en forma muy indirecta. Además, contribuye á debilitar aún más ese sentimiento de nación la dureza especial con que en Irlanda está planteada la lucha entre patronos y obreros. Todas estas razones expli-

can que en Inglaterra, Escocia y Gales la clase obrera se haya movido nacionalmente, y que en Irlanda una fracción de la clase trabajadora, no muy numerosa, se haya levantado contra la nación británica.

Este estado psicológico no hubiera podido tomar forma armada si no fuera por una excesiva benevolencia del Gobierno, que desmiente en absoluto esas leyendas de opresión y tiranía que se le atribuyen respecto de Irlanda. Todo buen demócrata aceptará el principio del pueblo armado, no sólo armado contra un invasor extranjero, sino también contra el propio Gobierno, por si trata de oprimirle ó de forzarle á una guerra agresiva. Pero es una aberración democrática permitir que se arme una región ó un grupo de ciudadanos mientras la inmensa mayoría del país permanece desarmada, pues esa región ó ese grupo pueden ser una amenaza contra la unidad ó igualdad de las partes integrantes de la nación. Y eso es lo ocurrido en Irlanda. El Gobierno inglés había venido tolerando con excesiva lenidad que en Ulster se armara y practicara públicamente ejercicios militares un cuerpo de voluntarios adversos á la autonomía de Irlanda, y, frente á éstos, un cuerpo de voluntarios defensores de la autonomía. Y entre estos dos grupos, ó mezclados con ellos, se permitió también que se armara la facción feniana-sindicalista que ahora ha combatido contra nacionalistas y ulsterianos, contra Irlanda é Inglaterra.

Pero esta insurrección, fútil en su aspecto fenia-

no, extemporánea en el sindicalista, no sólo ha sido mezquina en sus motivos, sino también en sus medios de lucha. Aunque puede decirse que Dublín estuvo unos días en poder de los revolucionarios, su dominio no duró, sin embargo, sino el tiempo necesario para que las tropas adictas trajeran á la capital irlandesa unas ametralladoras y unas bombas de gases. Este aborto subversivo ha demostrado una vez más que en un Estado moderno una revolución no puede triunfar sino disponiendo de artillería. La moderna técnica militar ha desterrado para siempre aquellos tiempos en que se derribaba un régimen ó se reconquistaba una independencia nacional con unos cuantos fusiles mohosos. Una ametralladora vale hoy por un ejército de revolucionarios. Esto debieran haberlo sabido los sindicalistas irlandeses, aunque lo ignorasen los fenianos. Pero, por lo visto, la locura los cegó á todos.

7 de Mayo de 1916.

LOS ANILLOS DE LA TRAGEDIA

Alemania, ayudada de sus cirineos, después del fracaso de la insurrección que ella misma provocó en Irlanda, ha querido aprovechar sus consecuencias contra Inglaterra. Es como si un instigador clamase justicia porque la persona por él instigada fuese muerta, en defensa propia, por aquella que tenía en cargo de apuñalar por la espalda. Sencillamente, es la moral del asesinato frustrado y castigado.

Pero la tragedia de Irlanda no se comprenderá por completo sino tomándola en conjunto y esforzándose por situarse en lugar de cada uno de sus participantes, en vez de afincarse en la posición de alguno de ellos y cerrarse á la inteligencia de los otros. En toda tragedia, vista desde fuera, como hombres y no sólo como partidistas, la razón está de parte de todos sus actores. Tomemos por orden los que han intervenido en la de Irlanda.

Primero, Alemania. Ya antes de la guerra contaba Alemania con una insurrección irlandesa. Probablemente suponía que una insurrección así no sería decisiva, ni mucho menos, en el curso de la guerra;

pero podría ser un factor de debilitamiento, de demoralización ó, cuando menos, de enojo para el pueblo inglés. Al no surgir espontáneamente, nada más natural que Alemania tratase de suscitarla por todos los medios: el oro, las grandes promesas de independencia, el halago del nacionalismo irlandés. Esa labor, vitanda á los ojos de un patriota británico, era lícita y santa para un alemán.

Luego, los fenianos, los irlandeses irreductibles á la unión con Inglaterra. También ellos tenían razón. Desde un punto de vista más elevado que el de ellos, sus sueños de independencia eran una imposibilidad positiva y una locura política, como lo son igualmente los escarceos separatistas de algunos vascos y de algunos catalanes. El desarrollo histórico consiste en coordinar la libertad de cada uno y la fuerza que nace de la unión con los demás. Un hombre ó un pueblo aislado será muy libre, pero también muy débil; unido servilmente á otro, será más fuerte, pero también menos libre. Entre la unión forzosa y el aislamiento absoluto, está esa resultante histórica que da á dos pueblos, un día separados y luego unidos la máxima fuerza vinculada á la máxima libertad. Inglaterra é Irlanda, al cabo de siglos de lucha fecunda, han llegado ya á esa resultante: hoy, Irlanda, República, sería, en el ciclón de las fuerzas del mundo, menos fuerte y menos libre. De esto está convencida la inmensa mayoría de los irlandeses, pero no todos, bien sea por ignorancia — en la última insurrección

han abundado los analfabetos, en que Irlanda es pródiga—ó bien por falta de sentido histórico. Y, sin embargo, esta exigua minoría, á un tiempo estúpida y heroica, ciega y desinteresada, desde su estrecho y lamentable punto de vista, tenía razón al levantarse contra Inglaterra. Es decir, tenía «su» razón, como la tienen los separatistas vascos y catalanes, si nos ponemos, sentimental é ideológicamente, en la angosta y obscura mazmorra de sus espíritus.

Piénsese ahora en Inglaterra. En el pasado fué injusta con Irlanda. Pero esto lo han reconocido ya casi todos los ingleses, y prueba de ello es que en estos últimos treinta años han hecho todo lo posible por reparar los viejos agravios, y han dado á Irlanda, junto con su inmensa fuerza, una libertad mayor de la que disfrutaría aislada ó vinculada á otro pueblo. A esto, un grupo de irlandeses ha respondido levantándose contra Inglaterra en el instante mismo en que está empeñada en una lucha de vida ó muerte. ¿Qué hubiera sentido España si cuando la guerra de Cuba se hubieran insurreccionado los separatistas de las Vascongadas ó de Cataluña? ¿Qué hubieran dicho entonces los que ahora se han indignado aquí, tanto por oficiosidad como por incomprensión, contra la severidad de Inglaterra?

Quien se ponga en lugar del Gobierno inglés, admitirá que en las circunstancias de Inglaterra era una inexcusable necesidad la rápida sofocación de ese levantamiento. ¿Qué otro Gobierno hubiera procedi-

do de otro modo? ¿Se hubiera cruzado de brazos Alemania si Polonia, Schleswig-Holstein ó la Alsacia-Lorena se hubiesen insurreccionado en plena guerra? Para sofocar velozmente la insurrección, el Gobierno inglés otorgó plenos poderes al general Maxwell, ó sea, entregó Dublín al reinado momentáneo de los militares. Probablemente, nunca hubiera hecho esto ó la abdicación del poder civil hubiera durado menos días si Dublín hubiese estado más cerca ó en fácil comunicación con el Gobierno. Pero la fatalidad quiso que el Gobierno de Londres, por causa de la distancia y de la comunicación deficiente, no pudiera ejercer constante y eficaz dominio sobre la zona insurreccionada, y fué una necesidad la concesión de plenos poderes á los militares. Todo el mundo sabe lo que esto significa. Un militar está más expuesto que ningún otro á dejarse influir por un acto de deslealtad, de alta traición, esto es, de traición contra el Estado, singularmente en un momento en que el Estado sostiene una guerra con un enemigo exterior. Además, parece ser que la opinión pública leal de Irlanda, en parte atemorizada y en parte indignada, pidió, por medio de su Prensa, una dura represión contra los rebeldes, lo cual tuvo que influir necesariamente sobre los militares, intensificando su sentimiento natural de violencias y represalias. Todo esto puede explicar, aunque no justifique moralmente, los fusilamientos ocurridos en Irlanda.

Nadie niega que hubo severidad; si se quiere, excesiva severidad; pero dentro de las circunstancias trágicas, fatales, del levantamiento y de la ley marcial á que fué sometida Irlanda, no puede decirse que se cometieran impunemente injusticias. Bárbaro es todo fusilamiento; pero los llevados á cabo en Irlanda se ajustaron á la ley; esto es, los fusilados fueron hombres cogidos con las armas en la mano ó convictos de haber provocado la insurrección, hechos que la ley marcial de Inglaterra, como toda ley marcial, castiga con la terrible pena de muerte tras juicio sumarísimo. Hubiera habido flagrante injusticia, y el mundo civilizado hubiera protestado contra ella, si por simples sospechas, por falsos indicios y con falsos testimonios se hubiera fusilado á alguien en venganza política. En rigor, se ha dado uno de estos casos: el fusilamiento del escritor irlandés Shehy Skeffington sin juicio previo, por voluntad de un oficial. Pero conviene aclarar que ese fusilamiento no fué una sentencia, sino un verdadero asesinato, y que el oficial que por ligereza lo consumó está detenido y será sometido á un Tribunal militar.

Pero no es necesario no ser inglés, irlandés ó alemán para comprender humanamente esta tragedia. No sé si en Alemania habrá habido alguna voz que se haya explicado la conducta del Gobierno británico; lo patente es que en Inglaterra han abundado los que, sin ser rebeldes, se han explicado y admirado su locura, combatiendo francamente al Gobierno por su

severidad. Uno de ellos, el más notorio y apto, por su profesión de dramaturgo, para ver todos los lados de la tragedia, es Bernard Shaw, quien ha publicado en la revista «New Statesman» y en el «Daily News» furibundos artículos contra el Gobierno, cuya política de represión le ha parecido tan estúpida como el fenianismo. Y Bernard Shaw goza de libertad y de buena salud después de su violenta catilinaría, de la cual la censura no suprimió ni una coma. Un diputado nacionalista irlandés, John Dillon, á pesar de su anti-fenianismo, pronunció en la Cámara de los Comunes un emocionante discurso, refiriendo con apasionado vigor el régimen de violencia que había observado en Dublín por parte del Ejército y ensalzando el heroísmo de algunos rebeldes adolescentes. Y el diputado Dillon pudo terminar su discurso sin que le ahogaran protestas como esas que han acallado más de una vez en el Reichstag, con mucho menos motivo, la voz de Liebknecht y de otros socialistas alemanes, ni se le ha suspendido en su cargo. Y tras Bernard Shaw y Dillon han seguido centenares y millares de voces en todo el Reino Unido, previniendo al Gobierno contra toda posible injusticia y contra una excesiva severidad.

Como término de la tragedia y signo de que el reinado de lo civil recobra los fueros que temporalmente había cedido á los militares, Asquith ha estado en Irlanda para apaciguar los ánimos de unos y otros y poner fin á los fusilamientos. Nadie habrá que

no lamente esta tragedia, ridícula en sus propósitos, dolorosa en sus consecuencias inmediatas. Ha sido uno de los episodios más tristes de la guerra, por lo trágicamente fútil: triste, ver á Alemania recurrir, en su desesperación, al engaño de unos cuantos ilusos; triste, el espectáculo de esos irlandeses, muriendo heroicamente por una causa imposible y ya caduca; triste, la situación del Gobierno inglés, el más liberal del mundo, viéndose forzado á tomar medidas represivas contrarias á su espíritu; triste, como clausura del círculo, contemplar á Alemania y sus satélites haciendo aspavientos de sensibilidad y humanidad ante las consecuencias de una descabellada aventura, concebida y urdida en la misma Alemania. Todo triste, como en toda verdadera tragedia.

25 de Mayo de 1916.

LA MUERTE DE SIR ROGER CASEMENT

Uno de los acontecimientos más emocionantes de la guerra ha sido indudablemente la ejecución de sir Roger Casement. El interés que el mundo ha sentido por este hombre se debe á tres causas principales. La primera ha sido su reputación universal, adquirida con su informe del año 1912 sobre las crueldades de Putumayo, siendo cónsul inglés. La segunda tenía sus raíces en su condición de agitador por Irlanda: el mundo se entera de sus propias cosas con lentitud, y aún es creencia general que las relaciones angloirlandesas son hoy, en el siglo xx, tan tirantes y brutales como en el pasado; por consiguiente, Irlanda goza todavía de una provechosa fama de pueblo oprimido, y á sus agitadores, aunque sean desdichados visionarios movidos por resortes ancestrales, se les clasifica en la categoría de los héroes. Hay una tercera causa que ha pesado considerablemente sobre la opinión internacional. Me refiero á su apariencia quiijotesca. En estas mismas páginas recordaba hace poco el querido y sagacísimo Ramón Pérez de

Ayala, hablando de la pintura de Anglada, aquella paradójica verdad de Oscar Wilde, de que la vida plagia al arte verdadero. Sir Roger Casement era un plagiario de una de las mayores creaciones del arte universal. Toda su figura era un plagio inconfundible de ese gran modelo que se llama Don Quijote. De ahí que, ante la generosa divulgación de su retrato en la Prensa del mundo entero, la gente indentificara el pobre caballero irlandés, por mágica influencia del arte, con el imaginario y altísimo caballero español. La semejanza física fué convertida en semejanza espiritual. Y siendo así, se comprende el horror experimentado en los países neutrales al saber que la liberal y quijotesca Inglaterra agarrotaba á una encarnación de Don Quijote en nuestros días.

¿Era realmente un Quijote sir Roger Casement? Por muchos que fueran sus agravios con Inglaterra, su quijotismo no le impidió por lo menos disfrutar sanchopancescamente, durante una veintena de años, de la ínsula de un destino oficial, como cónsul británico. ¿Cómo pudo conciliar en todo este tiempo su santo odio á la nación que él creía opresora con sus funciones al servicio de ella y con los honores—el título de sir, entre otros—que recibió, lleno de gratitud, del Gobierno inglés? Tampoco le impidió su quijotismo, esto es, su concepción ideal de la Historia, aliarse al Gobierno alemán, que está haciendo de Europa entera una inmensa tumba, y aliarse precisamente contra los que en esta guerra encarnan lo más

puro del espíritu quijotesco. Por muchos y justificados que fueran sus rencores con Inglaterra, no se explica, tratándose de un Quijote, que en este trance contribuyese al triunfo del espíritu asiático, encarnado en Alemania.

Moralmente, la muerte de Roger Casement es reprobable, como es reprobable la muerte del hombre más ínfimo y abyecto. En este sentido la Prensa liberal española, contraria á toda pena de muerte, cumplió con su deber, pidiendo á Inglaterra el perdón para su antiguo cónsul. Esto ha servido, por lo menos, para demostrar que el liberalismo español no ha hipotecado su independencia ni que cree infalibles á sus amigos los aliados. ¿Cuándo ha dirigido la Prensa germanófila á Alemania, por ninguno de sus innumerables crímenes, una milésima de las censuras que periódicos como «El Liberal» y «El País» han dirigido ahora á Inglaterra por la ejecución de Casement? Esto presta á las relaciones entre los aliados y los que aquí, en España, defienden su causa, una dignidad y pureza ideal verdaderamente ejemplares.

Pero el Gobierno inglés se ha mostrado sordo á las voces exteriores y ha llevado al patíbulo á Roger Casement. Antes consintió que lo juzgase un tribunal civil de jurados y que interviniese muy directamente en la causa un letrado extranjero, de los Estados Unidos, en quien el reo y sus amigos tenían gran confianza. Demostrada su culpa con arreglo á una ley que en esta materia de delitos es quizás la